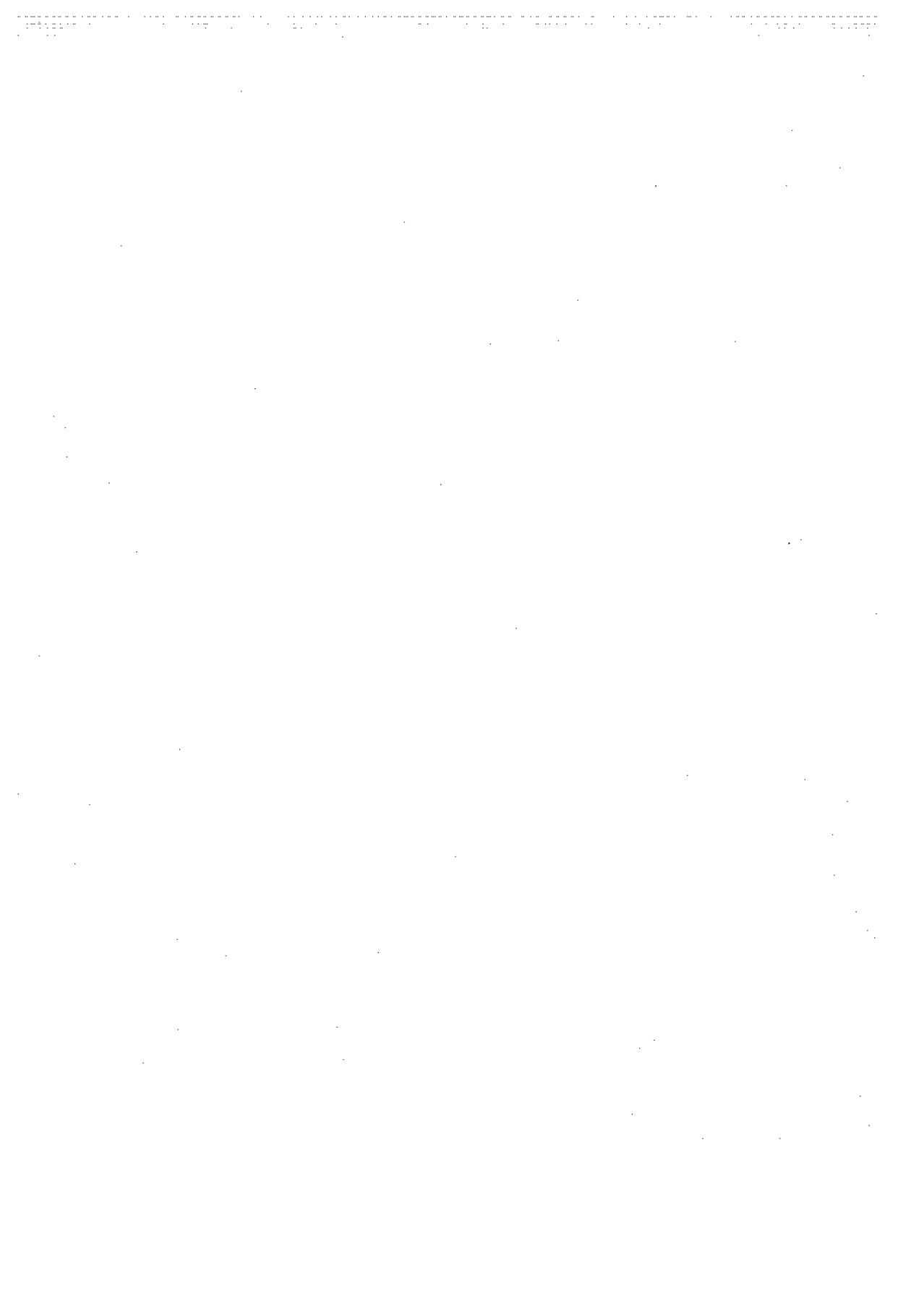


EL EXILIO DE PRADAL

ENRIQUE MÚGICA HERZOG
DIPUTADO POR GUIPÚZCOA



EL EXILIO DE PRADAL

El exilio es siempre una situación absolutamente indeseada. Por ello nada tiene que ver con el desarraigo producido por la apetencia de mejorar fortuna dejando atrás situaciones de pobreza que se consideran imposibles de superar en los lugares donde se ha nacido y, hasta cierta edad, vivido. Ese desarraigo conduce a la emigración.

El exilio, por el contrario, es consecuencia del arraigo. Se está enraizado en su país, se le quiere con fuerza y se ambiciona transformarlo al encontrarlo defectuoso y escasamente acorde con la idea de cómo debiera ser.

Cuando ese país está anclado en un tiempo anacrónico que propicia resistencias encarnizadas al cambio, o cuando éste se conduce con dureza empujado por un voluntarismo desenfrenado, quienes no quieren convertirse en víctimas irremediables, se exilian, confiando en que un porvenir incierto convierta en realidad democráticos ideales.

Gabriel Pradal es un arraigado que muere en el exilio. Su existencia está transida de la mejor esperanza española, de la alumbrada por el socialismo. Ello permitió que en Pradal el ámbito de lo privado no estuviese desparejado con lo público, sino que ambos se comunicaran enriqueciéndose mutuamente en la búsqueda de singular armonía. Siendo diputado sirvió a la democracia española -tan incipiente como amenazada- desde la fundamental plataforma transformadora: un Parlamento que representaba transparentemente, y por vez primera desde 1.869, a la España varia y plural que había vencido a los mecanismos perturbadores del caciquismo. Siendo arquitecto contribuyó, en la medida que le era posible, a que el rostro urbano se adecuase a los estímulos que estaban transformando el país. Cuando en un ser se cumple la vocación que emerge de la privacidad y, asimismo, la que nace de su convicción social se consigue una vida complaciente que desea contagiosa para que todos pueden vivirla de la misma manera. Cuando este deseo se torna instrumental y tenaz se convierte en solidaridad, virtud que Pradal asumió íntegramente.

Fueron muchos quienes en mayor o menor medida la hicieron suya, pero como también los enquistados en sus privilegios estaban dispuestos a todo, para no cederlos ni un ápice, el conflicto que sobrevino no dió cuartel y obligó a expatriarse a los derrotados. De esta forma el mayor arraigo, el que se encuentra uno al nacer como naturaleza y trata de mudarlo en historia, se vuelve al ser vencido en su contrario, en destierro.

Más todo ello sobreviene si uno se deja humillar por el tedio, el aburrimiento, el vacío espiritual, por los factores, en fin, que conducen a la desesperación.

Por el contrario, si en el exilio se logra construir un espacio que, aunque materialmente no sea demasiado alentador, tenga inquietud cultural y temple suficiente para que la espera se mantenga viva, se consigue marginar la desesperación.

A la postre tal es la función de los exilios políticos: estimular a quienes los sufren y trocarlos en ejemplaridad para cuantos en el país

secuestrado persisten el sueño de libertad. Las resistencias en aquéllos surgen como respuesta a la opresión, pero también al socaire de llamamientos lanzados desde tierras de refugio. Pasa en cualquier país, y en cualquier época. Con los liberales españoles que en Francia e Inglaterra alimentaban el combate contra el absolutismo fernandino en la segunda década del pasado siglo, o con la deslumbradora imagen de De Gaulle incitando el 18 de Junio de 1940 desde Londres la reconquista de su patria.

Lo mismo aconteció con el destierro republicano y, en este caso, socialista. Si Pradal tuvo fuerzas para no sucumbir ante las desgracias familiares y colectivas que le aquejaron, lo debió en parte importante a la comprensión de la función del exilio.

Gabriel Pradal supo que en las atormentadas circunstancias por las que atravesaba España, el improperio continuo y la visceralidad gritona de los triunfadores sólo podría compensarse con la palabra, que tradujera en afirmación el forzado silencio de los vencidos, y como director de "El Socialista" que se publicaba en Toulouse lo hizo indesmayadamente. Resultaba admirable el vigor de su convicción, y por eso, los jóvenes responsables socialistas que mediados los 50 se propusieron reafirmar el dinamismo de la Federación de Juventudes, fueron amigos suyos por hallar en sus virtudes no solo la evocación de los que generosamente se habían movilizado en el reciente y hundido pasado, sino también la premonición de quienes con saludable e inédita tolerancia habrían de participar en la nueva España.

Porque Pradal sabía que el renacimiento socialista no podría ni debería ser una repetición, sino una reencarnación. No una reiteración de retóricas pasadas y hábitos sin imaginación, sino un reencuentro con virtudes creativas e innovadoras que algunas costumbres acomodaticias del exilio impedían emerger. Por todo ello se vinculó a las querencias renovadoras.

Y después de su muerte, al confluir las ideas de quienes seguían en el exilio con las de cuantos en el interior levantaron la bandera del socialismo democrático, los renovadores del Partido mantuvieron con calor su alta memoria.

Celebremos, pues, con admiración y respeto el centenario de su nacimiento.

ENRIQUE MUGICA HERZOG

Madrid, Junio, 1991.